

Pedro Schwartz: *Nuevos ensayos liberales*

(Madrid: Espasa Calpe, 1998).

PEDRO SCHWARTZ:
NUEVOS ENSAYOS LIBERALES

Óscar Godoy Arcaya

Mario Vargas Llosa se queja, con justa razón, por la ausencia de liberales integrales en el mundo intelectual hispanoparlante. Y llama así a aquellos liberales que sostienen, defienden y promueven el pleno despliegue de una sociedad libre y abierta. Éste es justamente el primer elogio que el mismo Vargas Llosa le prodiga a Pedro Schwartz, a raíz de la publicación de sus *Nuevos ensayos liberales*, el ser un liberal a cabalidad que se expresa en español.

Para Schwartz el liberalismo es a la vez un talante y una filosofía práctica; un modo de ser y una concepción razonada de la política. Al hilo de esta doble pista, nuestro autor evoca, en la primera parte de su libro, a los grandes maestros del liberalismo intelectual español, entre los cuales destaca la figura de Gregorio Marañón y sus *Ensayos liberales*. Alrededor suyo Schwartz esboza una breve historia del liberalismo del XIX y del XX, en cuyo decurso aparecen figuras señeras, como Francisco Martínez Marina, José Joaquín de Mora, Manuel Azaña, Salvador de Madariaga y José Ortega y Gasset. Este recuento histórico es, a la vez, una genealogía inte-

ÓSCAR GODOY ARCAJA. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid, Profesor Titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

lectual del mismo autor, que al definir su vínculo inmediato y directo con esta accidentada tradición española reconoce deudas con Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall.

El gran tema de los liberales españoles que inauguran el siglo es la libertad del individuo. Por esta razón, para ellos constituye un tema central el establecimiento de las condiciones para garantizar la libertad individual: respeto de los derechos humanos, reconocimiento de la igualdad de las personas ante la ley, división de poderes, defensa de la propiedad privada y del cumplimiento de los contratos y, por fin, máxima franquía a la competencia económica. Es decir, todo aquello que configura el talante liberal de sus precursores y el ideario básico del liberalismo del siglo XIX, sobre cuyo suelo el autor levanta y nos ofrece estos *Nuevos ensayos liberales*.

Las bases del liberalismo

En el importante capítulo titulado “Bases filosóficas del liberalismo”, Schwartz nos entrega su visión de los fundamentos del liberalismo, que a su juicio brotan de las dimensiones más radicales de la realidad humana: una naturaleza limitada e imperfecta y un modo de conocer falible, instalada en un mundo entrópico y volcada a organizar la sociedad venciendo enormes dificultades. Tales limitaciones deberían hacer inviable al liberalismo, en tanto proyecto político. Pero para Schwartz es justamente al revés. Es sobre la ignorancia, la escasa maleabilidad del ser humano, la tendencia del mundo a un equilibrio de puro desorden y los conflictos valóricos, que emerge y progresa una sociedad abierta.

La línea argumental mayor de Schwartz nos dice, en primer término, que una teoría del conocimiento confiable es siempre fabilista, porque parte reconociendo que ninguna autoridad es decisiva para alcanzar la verdad: ni la tradición, ni el razonamiento, ni los sentidos. La verdad libre de dudas no existe; la verdad se puede definir, pero precariamente, pues el hombre es intrínsecamente falible y sus limitaciones no le permiten la certeza absoluta.

En este horizonte cognitivo fabilista, la verdad está siempre sometida al asedio de la crítica. Es por eso que la sociedad liberal ha generado instituciones sociales que facilitan el descubrimiento y la eliminación del error. A través suyo, la comunidad científica organiza sus actividades en torno a un doble principio: no existe ninguna autoridad que garantice la verdad y la crítica es libre. De este modo, los científicos establecen y conceden legitimidad a aquellas verdades provisionales que han sobrevivido a la crítica, al contraargumento y a los experimentos más radicales.

La libertad para ejercer la crítica y la libertad para descubrir el error, que arrancan de la epistemología fabilista, están estructuralmente relacionadas con las distintas libertades que constituyen el núcleo duro del liberalismo político clásico: las libertades de pensamiento, expresión, religión, creencia, opinión, etc. Fácilmente, si tomamos esas bases cognitivas como premisas, podemos inferir un amplio espectro de libertades aún más específicas. U otros valores del liberalismo, como la tolerancia, por ejemplo. ¿Qué es ella sino la internalización de la conciencia de que nuestra verdad provisional puede ser refutada por otro, o bien que ese otro nos puede demostrar que estamos en un error? Esta teoría fabilista del conocimiento no sólo tiene derivaciones políticas sino también morales, pues asientan la relación con el otro sobre bases profundamente humanas, no antagónicas, pacíficas y cooperativas. En esta perspectiva, el otro nunca puede ser estigmatizado, perseguido o marginado por 'pensar distinto', por ser heterodoxo y 'estar en el error'.

La segunda base filosófica del liberalismo, a la que nos conduce Schwartz, se refiere a la relación entre la naturaleza humana y su entorno. La tesis de nuestro autor es que los individuos sólo somos parcialmente maleables. En consecuencia, las sociedades que pretendan moldearnos integralmente, a través de algún proyecto constructivista, perderán tiempo, energía y recursos, además de hacernos pagar dramáticos costos en términos de libertad y creatividad. En cambio, las sociedades que por su carácter abierto permiten la libre experimentación, compatible con la subsistencia de los lazos sociales, son más progresivas, porque liberan procesos creativos que son inherentes a nuestra libertad.

En este orden, los constructivismos fundados en la reducción del hombre al *homo sociologicus* no responden a la verdadera y compleja naturaleza del ser humano. La réplica a este reductivismo tiene una fuerte sustentación en los estudios contemporáneos sobre las desigualdades genéticas de los individuos en tanto individuos. Asunto acerca del cual Pedro Schwartz nos entrega conocimientos finamente decantados, que son de difícil acceso en sus fuentes originales, en especial por sus tecnicismos y complejidades. Éstos concluyen, en primer lugar, que los seres humanos muestran, a una edad temprana, diferencias notables de inteligencia general, y que, en segundo lugar, ellas se mantienen estables a lo largo de la vida. Se trata de diferencias que en gran parte tienen una base genética: detrás suyo hay una combinatoria compleja de genes. Si estas teorías son verdaderas, nos dice nuestro autor, es imposible ceñir a los individuos a condicionamientos o estereotipos sociales, que los constituyen en sujetos iguales. No hay condicionamientos pavlovianos, por ejemplo, del sujeto

humano. Y todos los intentos para emplazarlos siempre han fracasado y seguirán fracasando.

Estos conocimientos, por otra parte, cuestionan la cuantificación clásica de inteligencia, dado que el *factor g* que ella pretende medir no constituye un número estable y significativo de variables que permita llegar a conclusiones absolutas y necesarias. De este modo, en concreto, los paleontólogos dudan que se pueda medir, con un único número, una dimensión estable y trasmisible en forma hereditaria del ser humano. Este dato explica por qué, según Schwartz, en la especie humana, considerada en su conjunto, se observa que las diferencias genéticas entre un grupo social o racial y otro son mínimas. Técnicamente esto significa que no hay un gen humano para cada grupo étnico, y que el genoma humano es asombrosamente uniforme. Las diferencias, entonces, no se dan a este nivel: sólo el individuo se diferencia genéticamente en sus rasgos dominantes.

Las dos líneas argumentales expuestas conducen a fundamentar, por un lado, diferencias individuales relevantes, que dan sentido al despliegue de virtualidades que sólo pueden realizarse a partir de la libertad. Y, por otro, a desestimar como carentes de toda base científica las tesis racistas que han marcado a nuestro siglo, con resultados dramáticos y cruentos.

Las diferencias entre los individuos en su fenotipo, o rasgos dominantes, son suficientemente notables como para encontrar en ellas una explicación causal de la evolución cultural de las sociedades abiertas y libres *versus* las sociedades cerradas y con altos índices de sujeción o severas limitaciones a la libertad. No obstante, nos advierte Schwartz, ello no involucra la justificación política o social de privilegios inigualitarios. El argumento siguiente apunta a poner una barrera infranqueable a cualquier intento de trasladar las diferencias individuales a entes colectivos, como podría ser una raza, una clase social o una nación. Se trata de las diferencias reductivamente individuales. Pienso en la figura milliana del excéntrico, que en su individualidad no es reductible a ningún otro. O en la teoría boeciana de la persona como inefable y única, etc.

La unicidad o exclusividad de esas diferencias individuales son tan radicales, que son 'apenas' heredables por los sucesores genéticos de quienes las portan. La teoría moderna acerca de la hereditabilidad de la inteligencia, por ejemplo, incluye un principio esencial denominado de *regresión a la media*. Según Eysenck, la tendencia general de los herederos de padres muy inteligentes, o muy poco inteligentes, es a derivar hacia la inteligencia media de la población en su conjunto. En consecuencia, la dotación genética no asegura nunca la eventual aparición y consolidación de una clase, casta o grupo intelectualmente virtuoso, consistentemente superior y dominante en el largo plazo.

Los tres argumentos expuestos son coherentes con la teoría de Chomsky acerca de las capacidades lingüísticas del ser humano. Esta teoría apunta a otra dimensión de las preocupaciones de Schwartz: los límites de la maleabilidad humana que suponen los sociólogos del *homo sociologicus*. Chomsky postula la existencia de un lenguaje universal único, impreso genéticamente en el cerebro de todos los seres humanos, y por lo mismo, un sistema común de estructuras y principios invariantes. De este modo, postula una esencial igualdad de todos los seres humanos, respecto de las estructuras básicas del lenguaje, como seres comunicantes. Así se refuta la idea de que el hombre sea socialmente lábil y moldeable y, por lo mismo, condicionable. Esta tesis ha sido discutida en forma amplia, pero no se ha cuestionado el asunto de fondo que rescata Schwartz: la escasa maleabilidad de los seres humanos, en el sentido aquí expuesto.

Para Schwartz la naturaleza humana es una combinación de factores genéticos heredados y evolucionismo social; capacidades de aprendizaje transmitidas y modos recibidos del entorno social. O sea, una dotación de elementos que le ‘adviene’, por así decirlo. Pero, a la vez, es libre albedrío, y éste es determinante, en el sentido kantiano del principio de autodeterminación. El individuo es entonces, en esencia, una voluntad autónoma, aunque sujeto al influjo del medio.

En este contexto, Schwartz discute el determinismo. Postula, en primer término, junto con Popper, que las leyes naturales no determinan los acontecimientos o tendencias, sino que prohíben ciertos hechos o comportamientos. En segundo término, recoge en su argumentación el principio de indeterminación, establecido por Heisenberg y Bohr, que afirma que el mundo de las partículas es estocástico y que, en consecuencia, las regularidades del mundo físico, que cae bajo el campo de la observación, sólo son captadas como regularidades estadísticas y no como regularidades de todas y cada una de sus partículas consideradas individualmente. De este modo, Schwartz se representa al mundo como abierto a las influencias modificadoras de las ideas y de la creatividad de la inteligencia humana. Ello se refleja, como sostienen Karl Popper y John Eccles en *El yo y el cerebro*, en la posibilidad abierta de que aparezcan en el mundo fenómenos realmente inéditos y en el eventual influjo sobre el mundo físico de realidades no materiales.

Mercado, probabilidad, ignorancia e incertidumbre

Schwartz evoca un ensayo de Karl Brunner escrito en 1977 acerca del ser humano optimizador, cuantificador e inventivo, cuyo rasgo origina-

rio situacional es estar escindido entre un mundo tribal, marcado por su acervo genético, y el mundo abierto y abstracto de las construcciones mentales. En esta escisión se hace patente la libertad, en virtud de la cual el ser humano puede librarse y superar las limitaciones impuestas por el mundo tribal. A esta idea hay que dedicar alguna atención.

El individuo busca su propio interés y el de su grupo. Y, enseguida, sin que nadie lo haya planeado, surge el mundo social, con sus instituciones protectoras de la libertad, por las cuales se encauzan los impulsos individuales que promueven el progreso de la sociedad. El carácter tribal del individuo, sobre el cual se construye el progreso, explica por qué este último es un proceso marcado por la prudencia, la espontaneidad y la flexibilidad. A este respecto es válida la idea de Hayek de que el hombre nunca ha sido dueño absoluto de su destino: lo desconocido se le presenta como impredecible. Y es justamente esa impredecibilidad la que calza con la facultad racional que se llama prudencia, que es como una brújula que permite navegar con flexibilidad en un mar de imprevistos.

El mercado, según Schwartz, responde a un amplio espectro de incertidumbres que caracterizan a nuestra vida. Nuestra existencia transcurre en un mundo de bienes escasos, cuyo acceso y consumo es siempre incierto. Por eso nos esforzamos en indagar la estructura permanente del mundo y descubrir las leyes que supuestamente lo rigen. Pretendemos, así, no sólo suplir nuestra falta de conocimientos y solucionar problemas, sino también prever el futuro y aplicar esas leyes al aumento de nuestro bienestar. En definitiva, buscamos adaptarnos mejor y, en cierta medida, dominar un mundo incierto.

La escasez, la ignorancia y la incertidumbre, nos dice Schwartz, son los límites que el mundo y la sociedad les imponen a los seres humanos. La ignorancia, que trae consigo la incertidumbre subjetiva, es combatida con la ayuda de la ciencia. La técnica permite enfrentar la escasez. El mercado contribuye a la eficaz asignación de los recursos y a reducir las incertidumbres objetivas que asedian al hombre y que son propias de su condición mundana.

Es, me parece, el tema de las presuntas leyes que presiden la vida social y económica del ser humano, el hilo conductor que lleva a nuestro autor a sus reflexiones sobre las regularidades que se observan en esa esfera. Ellas ponen en evidencia que la realidad que rodea a la vida humana es sólo parcialmente aleatoria. Hay hechos o acontecimientos que son más probables que otros. Y ése es el campo del conocimiento de las regularidades, cuyo dominio relativo nos permite una cierta previsión del futuro. De este modo, el conocimiento colabora a construir una imagen de un

mundo estocástico, en el que ‘no’ todo acontece con el mismo grado de probabilidad.

Sin embargo, a la vez, ese conocimiento está contaminado de improbabilidad. Paradójicamente, esta cercanía a la incertidumbre es la instancia más fecunda de la aventura humana: las informaciones improbables son las más interesantes, afirma Schwartz, pues sólo los mensajes con probabilidad cercana a cero contienen aquella información que contribuye a reducir nuestra incertidumbre subjetiva, aquella que nace de la ignorancia.

Los desafíos que nos plantea el ‘no saber’ han generado y extendido los conocimientos científicos. Éste es nuestro principal recurso. Pero el mercado, por su parte, es un instrumento privilegiado para combatir los efectos de la ignorancia, porque además de incentivar los descubrimientos científicos y técnicos, que ayudan a limitar la necesidad, también es un medio de transmisión de un tipo de información muy particular: información específica que la malla de las estructuras del saber científico no logran capturar.

Schwartz llama al mercado una “institución espontánea”. Sabemos que en los intercambios de bienes y servicios la oferta y la demanda se igualan. Al final de una jornada de intercambios, nos dice nuestro autor, los precios habrán fluctuado espontáneamente si se dan dos condiciones necesarias: que no haya barreras a la competencia entre vendedores y compradores y que los contratos se cumplan. Lo que hace el mercado, a través de los cambios de precios, es generar “información sobre las demandas de los consumidores, las existencias de los bienes disponibles e incluso sobre los planes y expectativas de los individuos”. Pero si el contrato no tiene la sacralidad que el Estado de derecho liberal le atribuye, el mercado queda paralizado o debilitado por la ausencia de una base ética y jurídica que haga eficaz su vigencia.

Uno de los maestros de Schwartz, Lord Robbins, definió la actividad económica como la óptima adaptación de los individuos a situaciones de escasez. De acuerdo a esta premisa, la escasez económica es inevitable bajo ciertas condiciones, porque se deriva de leyes naturales que afectan al mundo natural, a saber: las leyes de la termodinámica. Ellas permiten entender la entropía del mundo. En efecto, las diferencias de temperatura en un sistema cerrado tienden a atenuarse hasta hacerse casi irrelevantes, de tal modo que las probabilidades de energía para un grupo X de moléculas tienden a igualarse con las probabilidades de energía para cualquier otro grupo y de moléculas. Por ello resulta imposible construir una máquina de movimiento perpetuo. En consecuencia, todo ser viviente, y todo artificio humano dotado de movimiento, necesitan reponer la energía que han gasta-

do, porque el primer conato que lo echa a andar “no puede perpetuarse por inercia, como si se encontrara en un mundo sin fricción o resistencia”. Esta ley, en el ámbito de la economía, se expresa bajo la forma de la ley de los rendimientos marginales decrecientes: “un sistema productivo solamente mantiene su producción constante si todos sus insumos se mantienen a escala”. De esta ley, Schwartz extrae dos consecuencias, que expresa en términos entrópicos: 1) “hay que aprovechar las diferencias de temperatura al máximo, *dados los conocimientos existentes*, asignando los recursos de manera óptima” (o sea, igualando los rendimientos decrecientes de todos los recursos); y 2), “hay que mejorar nuestros conocimientos de las leyes naturales y sociales, y descubrir oportunidades escondidas para mejorar el nivel de eficiencia de los procesos productivos, *dada una asignación óptima*”.

La segunda consecuencia de la entropía, la posibilidad y necesidad de descubrir oportunidades escondidas, es casi incomprensible para el planificador económico. Y éste es el espacio en que Schwartz instala al empresario. El progreso y la libertad están ligados a las innovaciones que descubre el empresario y que el público acepta porque se le da la gana, en virtud de su libertad de elegir, o porque entrañan una reducción del costo de algunas de sus demandas. En una sociedad libre, potenciada por la innovación, no puede haber equilibrio estático, tasa de beneficio cero, ello es “equivalente a ignorar al individuo innovador”.

La decisión colectiva

En el contexto ya establecido —somos maximizadores de nuestro interés en un mundo de escasez, ignorancia e incertidumbre, y necesitamos el mercado, como una institución que recolecta información y la difunde, asigna óptimamente los recursos existentes y fomenta el descubrimiento y la explotación de oportunidades escondidas—, Schwartz nos invita a reflexionar acerca de los principios de la decisión social más adecuados para la organización política de una sociedad liberal y democrática, al hilo de las bases del *public choice*, que se ocupa de la actividad social que no transcurre a través del mercado.

En la reconstrucción de esta teoría de la decisión, nuestro autor toma como punto de partida las consecuencias de los teoremas de Arrow y de Buchanan y Tullock. El primero demuestra que no existe ningún criterio de decisión pública que no sea contradictorio. Por su parte, Buchanan y Tullock “establecen que las decisiones mayoritarias de redistribución de la

renta no son nunca estables”. Dadas estas premisas, Schwartz sostiene, como su principal tesis, en primer término, que “ninguna sociedad puede gobernarse guiada por un solo criterio de organización social, sea este liberal, democrático o de otra índole, y que en especial la extensión del principio democrático a todas las esferas de las decisiones colectivas aumenta la inestabilidad social”. Y, siempre al hilo de las bases expuestas, en segundo término, que “tanto el principio democrático, como el liberal, son condiciones necesarias, aunque no suficientes”, para que exista una sociedad abierta, progresiva y estable. Para ello es necesario armonizar ambos principios.

Arrow, premio Nóbel de Economía, en línea con los teoremas de imposibilidad, e interesado en demostrar que no existe un criterio de elección social que pueda resolver, sin contradicciones, todos los problemas y conflictos de la sociedad (como por ejemplo, el principio utilitarista que afirma que la sociedad debe perseguir la mayor felicidad para el mayor número posible de individuos), recurre a la revisión del criterio de unanimidad de Pareto. Según este criterio, son aceptables aquellas decisiones que benefician a un individuo si, y solo si, no involucran un costo o pérdida para los demás. O sea, si uno gana y nadie pierde.

Arrow demuestra que es falsa la creencia de que todas las decisiones basadas en esa regla de unanimidad sean coherentes, si se exige que en su aplicación ella cumpla con las siguientes condiciones: 1) que la decisión nunca la tome un dictador; 2) que el criterio sea transitivo (que se coloquen unívocamente en orden de preferencia todas las alternativas que se presentan a los individuos); 3) que no haya limitación alguna para las preferencias que puedan expresar los individuos durante el proceso decisorio; 4) que no se tomen en cuenta datos extraños a la decisión examinada (por ejemplo, la intensidad de las preferencias individuales). Es imposible que una regla paretiana se cumpla si está sujeta a estas cuatro condiciones, por lo cual se demuestra la imposibilidad de una regla universal de unanimidad. Siempre hay que admitir excepciones o limitaciones a cada una de las condiciones expuestas, si se quiere dar validez a la regla. Y es por ello que Schwartz propone algunas rectificaciones que moderan su purismo y permiten su aplicación. No voy a exponerlas, pero va de suyo que las normas de excepción constitucional o la inclusión de intensidades en cierto tipo de decisiones constituyen buenos ejemplos. Con todo, nos dice el autor, “no es posible eliminar del todo los efectos de las paradojas de la elección colectiva con sólo debilitar algunos de los axiomas del principio de elección social en cuestión”: siempre habrá conflicto social y “no hay una regla que valga para todas las situaciones y resuelva todas las alternativas que se plantean en su jurisdicción”.

El Estado liberal

El análisis del criterio de imposibilidad paretiano lleva al autor a la imposibilidad del liberal paretiano (Amartya Sen) y al dilema del prisionero de Arrow, para aterrizar en la necesidad de una estructura política que haga posibles el consentimiento, los acuerdos y la fijación de límites razonables al imperio de los intereses de un individuo puramente hobbesiano. O sea, a la necesidad de una Constitución: metarreglas e instituciones, que saquen el proceso social del carril sin límites del interés individual en sus formas más radicales.

Metarreglas que, por lo demás, en un Estado liberal, también tienen el propósito de fijar límites a la democracia mayoritaria. El teorema de Buchanan y Tullock demuestra que una sociedad libre que tenga por único objetivo el dividir el ingreso colectivo por medios democráticos, es decir, por decisiones de la mayoría, es inestable, e inevitablemente conduce a la destrucción de los consensos básicos y a la ruptura del contrato social. De allí, entonces, que la existencia de metarreglas también se sostiene en la necesidad de asignar rentas y otras ventajas en forma previa e independiente de las decisiones políticas que provienen de los poderes legislativos de las democracias. Así, la justificación del Estado constitucional encuentra su anclaje en el consentimiento y los acuerdos, por una parte, y en la necesidad de la Constitución como conjunto de metarreglas e instituciones, por otra.

El tema del Estado liberal tiene en la obra de Schwartz un tratamiento específico, puesto que el liberalismo es también una doctrina del Estado. Y, además, una doctrina en la que tácitamente se demuestra que la democracia es más compatible con el liberalismo que el socialismo. Afirmación que podría parecer contradictoria con la crítica liberal al Estado contemporáneo. Crítica cuyo propósito, sin embargo, no es la destrucción del Estado, sino su reconstrucción, entendida como un rediseño de sus funciones, para hacerlo más eficaz.

En este contexto, Schwartz hace un escrutinio de las enfermedades del Estado en general y del Estado español en particular. En este último caso nos expone una serie de males que el Estado chileno ha padecido por igual en el pasado: megadesarrollo de la empresa pública y desnaturalización del principio de subsidiariedad; quiebra de la seguridad social basada en un sistema de reparto; rigidización del mercado laboral; burocratismo; corrupción, etc.

También, en el mismo contexto, el autor enfrenta el mito del liberalismo salvaje. El liberalismo se distingue, por un lado, del socialismo, y por

el otro del anarquismo. Recurriendo al canon del medio entre los dos extremos, Schwartz analiza el liberalismo como equidistante de ambos. Y, al extenderse en los extremos, previa advertencia de que hay socialismos y anarquismos de izquierdas y de derechas, centra su atención en este último, en el anarcocapitalismo. Anarquismo que propone el ideal de una sociedad en que los derechos de propiedad están definidos y atribuidos naturalmente. En consecuencia, no es necesario una autoridad que los defina y atribuya, ni que dirima conflictos y castigue a los trasgresores. Un respeto generalizado de los derechos de los demás invalida la necesidad del Estado. Esta forma de asociación, sin autoridad, sin poder coercitivo, sería para Schwartz “la forma de organizar la sociedad si el liberalismo fuese universalmente aplicable, si la acción social pudiera abandonarse al espontáneo acuerdo de los individuos”. Pero es una forma extrema y utópica.

El problema, apunta nuestro autor, es que en una sociedad en cambio y progreso no se pueden definir todos los derechos de propiedad naturalmente y para siempre. También hay que considerar que es imposible prever los cambios y los medios para adaptarse a ellos. Por lo demás, los individuos siempre están obligados a tomar decisiones colectivas, aun cuando todos los derechos estén perfectamente definidos. Pero, por sobre todo, el problema no consiste tanto en definir derechos, sino en mantener un sistema ético que sostenga su aplicación en el tiempo. Es por ello que Schwartz nos dice que el Estado desempeña un rol ético, cuya función es difundir y defender la propia validez del sistema.

La argumentación anterior conduce a Schwartz a analizar las bases del Estado liberal y sus relaciones con el poder. En su desarrollo, el autor recoge la arquitectura básica del gobierno moderado por la división de poderes, el principio de la soberanía representada por el ejercicio de la soberanía popular atribuida a los gobernantes por medio de la regla mayoritaria, el Estado de derecho. Además, como es natural por su nacionalidad, incursiona en la monarquía constitucional española, sus virtudes y debilidades, trabajo que cruza el libro, pero que tiene un desarrollo especial en una sección del capítulo IV y que originalmente fue una ponencia expuesta en Chile, a raíz de un seminario realizado en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica. La línea central de su punto de vista es siempre la ampliación de las libertades y el cuidado por la creatividad individual.

Una invitación a repensar la igualdad de oportunidades y a la lectura de este libro

En esta revisión del libro de Schwartz se han dejado muchos temas fuera. Me he querido ceñir a aquellos aspectos que considero más novedo-

sos en la literatura politológica y me he extendido en la recreación de argumentos que deberían debatirse en nuestro medio, en el cual existe un gran vacío de reflexión sobre el liberalismo.

Comparto la concepción global del pensamiento de Schwartz y muchas derivaciones de la misma, que con singular talento se exponen en este espléndido libro. Sin embargo, tengo una duda, que a la vez es un cargo. Mi duda se refiere a la escasa atención que le concede el autor a la igualdad de oportunidades. Es cierto, Schwartz es un crítico del socialismo y del igualitarismo, pero desde el momento que acepta la asociación y la cooperación entre los individuos, sobre la base de acuerdos, consensos, instituciones y normas, no se puede eludir el tratamiento a fondo del tema de la igualdad de oportunidades, como lo hace, por ejemplo, John Rawls.

Nuestro autor, fundado en sus conclusiones acerca de la distribución de la inteligencia y otras cualidades heredadas, en las cuales nos hemos detenido más atrás, plantea la cuestión de la igualdad de oportunidades bajo el alero del desiderátum “*que les carrières soient ouvertes aux talents*”, entendido como un recurso libertario para evitar la consolidación de las castas o clases sociales. Llama la atención que el autor evite el uso del término ‘igualdad de oportunidades’ y busque amparo en la fórmula francesa recién transcrita. Parece un signo de reticencia, pero en definitiva es un signo de distinción al interior de la familia liberal. En efecto, el liberalismo es una tendencia plural, en cuyo amplio espectro encuentran acogida distintos liberalismos. No solamente los que describe Schwartz. Entre ellos se instala su propia versión, que prioriza la libertad y la armoniza sólo con la igualdad de derechos, la igualdad ante la ley. Principio fuerte que, desde el punto de vista económico, se proyecta en la crítica a la redistribución de la riqueza a través del Estado. Principio fuerte que, en definitiva, no acepta otra institución asignadora de recursos que el mercado. Principio fuerte, en fin, que no concibe, o concibe mal, la existencia de principios de justicia política (y que a mi juicio no es el patrimonio de la socialdemocracia, ni se reduce a la justicia distributiva de Stuart Mill). Por eso, su concepto de igualdad de oportunidades es casi innombrable en castellano. Creo, no obstante, que la riqueza de este libro abre un horizonte de reflexión que nos asegura que en el futuro su autor, en los *Novísimos ensayos liberales*, se hará cargo de este problema, que a partir de la obra de Rawls es insoslayable.

Éste es un punto de discrepancia que abre una discusión, algo propio del liberalismo, pero que no invalida mi identificación con las grandes líneas de este libro. Merece especial atención el breve capítulo conclusivo, titulado “El miedo a la libertad”, porque allí se expone la arquitectura

global que articula los trabajos acumulados en el libro, y que han sido elaborados a lo largo de más de veinte años. Creo que debo mencionar que, en una de sus conclusiones, el autor reconoce una deuda con el ensayo de Enrique Barros “El laberinto de las formas de vida”, publicado por esta revista.

Pedro Schwartz, a lo largo de sus *Nuevos ensayos liberales*, recorre las grandes cuestiones del liberalismo, pero a la altura de nuestros días, más allá de la perspectiva decimonónica a la cual lo adscriben muchos autores latinoamericanos, y nos presenta un modo de pensar y resolver los problemas políticos, sociales y económicos cuyas virtualidades parecen inagotables. Se trata, en suma, de una obra de excelencia cuya lectura es imprescindible. □